

GOL DE APINTA, GOL DE SORIANO

by Mario Giannotti - lunes, enero 29, 2024

<https://colectivodale.org/gol-de-apinta-gol-de-soriano/>

*a la memoria del escritor con gol
a la memoria del Chivo Oscar Álvarez*

El campeonato de la Liga de Balcarce se definió el domingo 24 de octubre en el estadio Antonio Ceron. El recuerdo perdura a pesar de los años y a pesar de los olvidos voluntarios. Amigos Unidos, el gran favorito de la prensa local, medía fuerzas con Apinta, un equipo sin mayores pretensiones, un club ajeno a los títulos en primera división.

El pueblo consumía con ansiedad la semana previa al choque definitivo. El Tricolor ganaba ampliamente la pulseada entre la opinión futbolera de los simpatizantes balcarceños, Apinta, en tanto, había logrado un lugar en la finalísima gracias al talento del interminable Chivo Álvarez, una especie de leyenda viviente en la mitad de la cancha albiceleste. El resto sólo acompañábamos con esfuerzo, coraje y vergüenza deportiva.

Accidentalmente, en realidad, por obra y gracia de una pésima reglamentación liguista, la Selección definía, el mismo fin de semana, el Torneo Argentino frente a Tandil. El pleito se había programado para el sábado 23 de octubre, veinticuatro horas exactas antes del encuentro entre Tricolores y Paperos. La delegación balcarceña buscaba la gloria y el pasaporte clasificatorio para el certamen Nacional, su objetivo primordial: copar el estadio General San Martín y vencer a los rivales por dos goles de diferencia.

Así, los dirigentes de la Liga se reunieron en asamblea ordinaria y allí decretaron por unanimidad que los equipos que protagonizarían la final en el Ceron podrían reemplazar a aquellos futbolistas que integraran el plantel del combinado mayor.

Amigos Unidos había aportado dos jugadores al once del entrenador Latera: el Semilla Mancini y el Tano Marchetti. El Piojo Melita, por su parte, era el único representante de Apinta en el plantel que jugaba su prestigio en Tandil. El improvisado estatuto de la entidad de la avenida Del Valle 297

estableció que los nuevos baluartes no contarían con impedimentos ni limitaciones reglamentarias de ningún tipo. Cualquier cristiano que mostrara actitud con la globa y valentía para definir un campeonato podía libremente jugar el domingo.

Amigos Unidos convocó al Mago Feuer, goleador y estratega de Chacarita Juniors, y al Cantinflas Digioia, un marplatense que jugaba en Once Unidos y que estaba de paso por la ciudad.

Los muchachos de Apinta, el equipo que representaba al personal del Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), apostaron a un delantero pura experiencia, un desconocido para todos, menos para el presidente del club, el polémico Polaco Martino. Recuerdo que el impensado refuerzo llegó a la práctica del martes en un Torino celeste modelo 72', un carromato tan destartado como él. Ni bien bajó del coche un gato apestoso se acurrucó en el asiento trasero.

– ¡Señores, les presento a Osvaldo Soriano! –pronunció con satisfacción el Polaco.

Confieso que no pudimos evitar las miraditas burlonas y algunas carcajadas ante el anuncio. Pensamos que el pobre presidente había enloquecido. Aquel fanteche del balompié tuvo una presentación digna del mismísimo Gabriel Omar Batistuta.

El extraño forastero era la antítesis de un futbolista que se precie de tal condición. Viejo, pelado y la barriga que le explotaba al frente. El ignoró nuestras ojeadas discriminatorias y enfiló hacia la cancha con un bolso marrón donde guardaba un par de botines *Super Crack* y un puñado de manuscritos. Soriano refutó gestos de asombro y decepción con una frase que aún recuerdo

– ¡Caballeros, voy en busca de aventuras! Viajo hacia Tandil. Necesito escribir una novela más o menos respetable. Mi amigo, el Polaco Martino me encontró en la Parrilla del Cruce y me suplicó que me quedara una semana en Balcarce, que jugara la bendita final para Apinta. Le debo algunos favores –añadió Soriano–, por lo tanto, les comunico que acepté la propuesta.

El Gordo habló claro y convincente mientras su apestoso gato nos relojeaba desde el capot del Torino.

Finalmente, y muy a pesar de la oposición generalizada del plantel, el delantero fue titular. La casaca número nueve, ajustada en el abdomen y fuera del pantalón, lo distinguía del resto de sus flamantes compañeros. Soriano era lento, tenía menos reacción que un barco pesquero. Hablaba con los defensores rivales, les contaba una historia del Sur, algo así como un penal eterno o el penal más largo del mundo. Algunos aseguran que en el entretiempo se fumó a escondidas un puro Montecristo.

A los 44 minutos del complemento, estábamos 1 a 1. El Chivo Álvarez habilitó al Gordo, éste dominó la pelota con el talón de su pie izquierdo y de primera intención metió un pelotazo en profundidad a la espalda del *Turco Zafe*, mi marcador. El marcapunta de los Tricolores era un carnicero, un perro de presa, una máquina de triturar rivales, una cortadora de carne. Acomodé el esférico y le gané el mano a mano. Le saqué un metro en la corrida y sobre la línea de cal mandé un centro de manual. Entonces apareció Soriano y decretó el triunfo con un frentazo inapelable. El nueve definió con el sello y el estilo de José Santilippo.

El árbitro Aurelio Príncipi marcó la conclusión del partido. Triste, solitario y final para la parcialidad de Amigos Unidos. Rebeldes, soñadores y fugitivos festejaban el título los albicelestes. La fiesta se extendió hasta la caída del sol, hasta la hora sin sombra.

Soriano se perdió entre la multitud. El canchero del estadio lo vio trotar hacia el Torino celeste modelo 72'. En silencio escapó hacia un sitio lejano, pintoresco, un lugar en el que se puede fumar eternamente y nunca faltan los fósforos. Luego, el Polaco Martino nos contó que Soriano había sido un delantero muy respetado en la provincia de Río Negro. Nos confió que el Gordo escribía y vivía de noche, y dormía y soñaba de día.

Nunca más supimos de él. Pero todavía conservo la carpeta con manuscritos que se olvidó en el vestuario del Antonio Ceroni. Leí algunos párrafos de su novela inconclusa y confieso que su talento con la pluma era inmensamente superior que su virtud goleadora.

El buscaba aventuras, yo corro tras sus historias. En algún picadito celestial nos encontraremos. Por supuesto, su gato apestoso no faltará a la cita...

Texto enviado por su autor, publicado previamente en el año 2001 en Página 12.

PDF generated by Kalin's PDF Creation Station